

otras dos brigadas de Claparede, las de Lesuire y Ficatier, mandándoles trepar al cerrillo para ir á socorrer en Ebersberg al general Cohorn. En seguida despacha un tropel de ayudantes de campo á fin de apresurar la llegada de las divisiones Legrand, Carra Saint-Cyr y Boudet, que tanto se necesitan para salir de aquel terrible trance. Por lo demás, se mantiene en medio de las balas y las bombas dando órdenes y proveyendo á todo.

Las dos brigadas Lesuire y Ficatier llegaban muy á tiempo, pues marchando de nuevo hácia adelante el general Hiller se habia arrojado con fuerzas considerables sobre Cohorn, y le habia obligado primero á entrar en Ebersberg, y luego á evacuar la plaza. Los franceses la recobran, vuelven á arrojar de ella á los austriacos, é intentan apoderarse del castillo, al cual se acercan sin poder penetrar en él; pero los austriacos que conocian la importancia de aquel puesto, tornan en mayor número, lo cual les era fácil, puesto que eran treinta y seis mil contra siete ú ocho mil, caen en masa sobre el castillo, alejan de él á los franceses, se introducen en la poblacion, la atraviesan, y desembocan otra vez en la plaza. El valiente Claparede se refugia entonces con sus oficiales en las casas que la rodean por tres partes, se situa en ellas, y desde las ventanas arroja sobre el enemigo una lluvia de balas. Disputanse aquellas casas con furor bajo la artillería del castillo, la cual lo mismo dispara sobre los austriacos que sobre los franceses, y algunas bombas prenden fuego á aquella desgraciada poblacion, fuego tan abrasador á poco tiempo que casi no se puede respirar allí.

La espantosa matanza continua, y siendo igual

la furia al valor, la ventaja va á quedar por el mayor número. Los franceses iban á ser precipitados en el Traun y á recibir el castigo de su audacia, cuando felizmente empieza á aparecer la division Legrand, precedida de su intrépido general. Este, tranquilo siempre, siempre arrogante en el peligro, y llevando pintada en su hermoso y varonil semblante la espresion de sus cualidades militares, llegaba á la cabeza de dos regimientos veteranos, el 26.º de infanteria lijera y el 18.º de linea, y penetra en el puente atestado de muertos y heridos. Para poder pasar es preciso arrojar al Traun una multitud de cadáveres y quizá de heridos que todavia respiráran: al fin lo atraviesa, y se encuentra á la otra parte un nuevo estorbo formado por combatientes arrollados que se retiran, ó heridos que conducen á hombros. Un oficial quiere esplicar la situacion al general Legrand, pero este le interrumpe diciéndole; «Yo no necesito consejos, sino sitio para mi division.» Al fin forma esta, y avanza, llevando uno de sus regimientos á la derecha, para dejar atrás á los austriacos que habian cercado á Ebersberg, y otro en el centro por la calle ancha de la poblacion. Mientras que varios de sus batallones, formados en columnas de ataque, arrollan á los austriacos que rodean la poblacion, los demas la atraviesan por medio, logran desembocar en la plaza, la hacen evacuar á la bayoneta, y libertan á Claparede que ya no podia mas. Legrand ataca en seguida el castillo y sube á él bajo un fuego mortifero; estaban cerradas las puertas, pero manda que las derriben á hachazos sus zapadores, penetra en lo interior, y pasa á cuchillo á toda la gente que encuentra allí. Desde este mo-

mento somos dueños de Ebersberg, pero es un monton de humeantes ruinas, de donde sale un hedor insoportable, el de los cadáveres consumidos por las llamas. Los nuestros se apresuran á dejar atrás aquel sitio tan espantoso de ver como difícil habia sido de conquistar, y marchan contra los austriacos formados en batalla sobre una línea de alturas que hay detrás. Viendo estos allá á lo lejos en llano, entre Lintz y Ebersberg, llegar las largas hileras de las divisiones Carra-Saint-Cyr y Boudet, viendo ademas á su izquierda una masa de caballeria francesa que habia atravesado el Traun en Weldes, creyeron que no debian prolongar aquella furiosa lucha, y se retiraron, abandonándonos de este modo la confluencia del Traun, y el importante desembocadero de Mauthausen. Por lo demas, el puente establecido en aquel parage habia desaparecido como el de Lintz, pues los batidores del archiduque Carlos lo habian destruido, enviando las barcas hácia Krems.

La caballeria que se divisaba era unos mil ginetes, que Lannes, despues de haber pasado el Traun en Wels sin dificultad, despachó á las órdenes del general Durosnel, para que fuesen á salir mas allá de la prision que ocupaban los austriacos. Es, pues, seguro, que si Massena hubiera podido adivinar que el archiduque Carlos, no estaba en Mauthausen con su ejército, y que algo mas arriba de los pasos ya efectuados, habia de derribar tan pronto la posicion de Ebersberg, debia haber ahorrado la sangre vertida en aquel terrible ataque. El campo de batalla estaba espantoso, y la poblacion de Ebersberg tan incendiada, que no se podian sacar los heridos, habiendo sido preciso,

para impedir que el incendio se propagára al puente, cortar la parte de tablazon de las dos estremidades, de suerte, que la comunicacion quedó interrumpida por algunas horas entre las tropas que habian pasado el Traun y las que llegaban en su socorro. La refriega nos costó mil setecientos hombres entre muertos, ahogados, quemados y heridos. Los austriacos perdieron tres mil hombres fuera de combate, cuatro mil prisioneros, y muchas banderas y cañones, retirándose aterrados con tanta audacia. Aquella cruel jornada nos causó mucho daño, de consiguiente, y el efecto moral que produjo, fué igual al efecto material.

Atraido Napoleon por la violencia de los cañonazos, habia acudido á galope, y á pesar de lo muy acostumbrado que estaba á los horrores de la guerra, le repugná bajo todos aspectos aquel espectáculo abominable, no justificado lo bastante por la necesidad de combatir. A no ser por la admiracion que le causaba el genio bélico de Massena, y el caso que hacia siempre de la energia, hubiera quizá censurado lo que acababa de pasar. No lo hizo, pero no quiso permanecer en Ebersberg, y se situó fuera, en medio de su guardia.

El archiduque Carlos, á pesar del firme plan de reunirse á sus hermanos detrás del Traun por Lintz ó Mauthausen, no habia marchado bastante aprisa, ni calculado bastante bien sus movimientos, para llegar á Lintz en tiempo hábil, y se hallaba solamente en Budweis, en Bohemia, cuando Massena penetraba con tanto impetu en Lintz y Ebersberg; por manera que no le quedaba sino el desembocadero de Krems á que poder llegar. El general Hiller, y el archiduque Luis, iban á tras-

ladarse á él por Enns, Amstetten y Saint-Polten, continuando en el proyecto de destruir todos los puentes que habia en los rios que corren de los Alpes Nórnicos al Danubio. En cuanto al archiduque Juan, era todavía menos probable que pudiera llegar bastante pronto, y hasta que se atreviera á penetrar en los Alpes, dejando á su izquierda al príncipe Eugenio, y esponiéndose á encontrarse por la derecha con el ejército de Napoleon, en el cual hubiera caído como en un abismo. Era, pues, preciso, no contar con él en manera alguna; pero bastaba para tener alguna probabilidad ventajosa, que el archiduque Carlos se diese la mano por Krems con el general Hiller y el archiduque Luis, quienes verificaban su retirada á lo largo del Danubio, porque despues de haber empleado mucho tiempo en reunir rezagados, recoger *landwehr*, é incorporar los terceros batallones de los regimientos gallicianos, llegaba con mas de ochenta mil hombres, y podia, reunido con sus dos lugartenientes que tenian treinta mil cuando menos, hallarse en Saint-Polten con ciento diez mil combatientes. Entonces era posible disputar allí la victoria á Napoleon, y si se ganaba, el imperio francés, en vez de ser derribado como lo fué en 1814, lo hubiera sido en 1809.

Encantado Napoleon al ver que habiamos quitado á los archidukes la principal probabilidad que tenian de reunirse ocupando á Linz y Mautausen, se apresuró á marchar sobre Krems para quitarles este último recurso, y alcanzar á Viena, antes que ningun obstáculo pudiera prohibirle la entrada.

Despues del Traun, se presentaba el Ens, que

corre paralelamente á este rio, bañando en su curso la otra parte del cerrillo que acabábamos de atravesar; pero todos los puentes estaban radicalmente destruidos, y se necesitaba para restablecerlos veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas por lo menos; contrariedad sensible, mas inevitable. Así es, que aunque el 4 por la mañana se hallaba Lannes en Steyer sobre el Ens con las divisiones Demont y Saint-Hilaire, y Bessieres ocupaba la poblacion de Enns con la caballeria lijera, el cuerpo de Oudinot y una division de Massena, hubo que aguardar todo el dia 5, ocupados en reconstruir los puentes quemados á flor de agua, y hasta el 6 por la mañana, no se pudo atravesar el Ens para dirigirse hácia Amstetten. Bessieres, con la caballeria y la infanteria de Oudinot, fué el primero que pasó, seguido bien pronto por Massena, y habiéndosele reunido Lannes que vino á embeberse en la columna principal, por quedar ya únicamente un camino al ejército entre los Alpes y el Danubio. Por la tarde se entró en Amstetten sin disparar un tiro, y la mañana siguiente continuó su marcha el ejército hácia Molk, bonita posicion sobre el Danubio, que corona la magnífica abadia de Molk, y donde situó Napoleon su cuartel general. Quedaba, pues, solo una jornada para llegar á Krems, donde se encuentra el puente de Maunern, el último por el cual podia el archiduque Carlos reunirse al general Hiller y el archiduque Luis. Estábamos ya seguros de llegar á él sin obstáculo, porque nada anunciaba la presencia de un ejército enemigo delante. El 8 se dirigió nuestra vanguardia á Saint-Polten, posicion importante y muy conocida sobre los flancos del Kahlenberg, que es un estribo de

los Alpes, trazado hasta el Danubio, y detrás del cual está situada Viena. Allí es donde debieron haberse reunido los austriacos, si los archiduques hubieran tenido tiempo para juntarse, porque en Saint-Polten se halla resguardado por una fuerte posición militar, el empalme de los caminos de Bohemia, Italia, Austria Alta y Baja, y en fin, el desembocadero que va á dar á Viena, atravesando las gargantas del Kahlenberg; pero solo se descubrieron pelotones de retaguardia que iban en retirada, unos á nuestra izquierda replegándose hácia el puente de Krems para ponerse á cubierto detrás del Danubio, y otros delante de nosotros replegándose sobre Viena á través del Kahlenberg. Era pues, evidente, que nos íbamos á encontrar con tener que dar una gran batalla delante de la capital, y que no había mas que arrostrar las dificultades de un ataque á viva fuerza, si se defendía Viena. Bien es verdad que estas dificultades podían ser muy engorrosas, si el archiduque Carlos seguía bajando el Danubio por la margen izquierda, llegaba antes que nosotros á la altura de Viena, pasaba allí el río por el puente del Tabor, y venía á brindarnos la batalla respaldado en aquella gran ciudad. Afortunadamente no era de temer en vista de lo que había sucedido.

Efectivamente, habiendo perdido el archiduque Carlos en Cham dos días cuando menos, y unos cuantos mas por el camino de Cham á Budweis, llevado, esto es verdad, del deseo de reunir el ejército y reforzarlo, no llegó hasta el 3 de mayo por la mañana á las cercanías de Budweis, en el mismo momento en que Massena tomaba á Ebersberg. Con la vaga esperanza de juntarse en Lintz, lo cual

era poco presumible, avanzó de Budweis á Freystadt, cerca del Danubio, en vez de marchar via recta hácia Krems, lo cual le hubiera ahorrado un nuevo rodeo y una nueva pérdida de tiempo. Al acercarse al Danubio, supo la ocupación de Lintz y el Traun, y conociendo entonces lo imposible que era verificar la reunión por aquel desembocadero, volvió á tomar la ruta de lo interior de Bohemia por Zwoettel, conservando todavía la falsa esperanza de llegar á Krems y á Saint-Polten antes que nosotros. Previendo no obstante el caso de que no llegara, autorizó á los dos generales que defendían la orilla derecha, á que pasaran á la orilla izquierda si se sentían demasiado acosados, sin perjuicio de destacar sobre Viena las fuerzas necesarias para poner aquella capital al abrigo de un golpe de mano. Esto es efectivamente lo que acababan de ejecutar el general Hiller y el archiduque Luis que habían llegado á Saint-Polten, pues temiendo les atacaran fuerzas superiores antes que hubiesen llegado á Viena, y les causaran una derrota parecida á la de Ebersberg, pasaron como en 1805 el Danubio por el puente de Krems, destruyeron este puente, replegaron todas las barcas á la orilla izquierda, y enviaron únicamente por el camino recto de Saint-Polten un fuerte destacamento sobre Viena, á fin de concurrir á su defensa con la población y algunos depósitos.

Tales habían sido las resoluciones de los generales austriacos, según revelaba el simple aspecto de las cosas, pues, como acabamos de decir, se veía á la izquierda gruesas masas de tropas acabando de pasar el Danubio hácia Krems, y por delante columnas que penetraban en las gargantas

del Kahlenberg para ir á tomar el camino de Viena. Napoleon, consecuente con su plan de estar al pie de las murallas de Viena antes que los archiduques, y de añadir al efecto moral que causaria su entrada en aquella capital, el efecto material de ocupar un depósito tan vasto, tomó todas las disposiciones necesarias para llegar á ella inmediatamente. He aquí las medidas que adoptó en la abadía de Molk, donde se hallaba su cuartel general.

Como no podia tomarse á Viena con caballería, y era preciso de consiguiente traer allí infantería, el mariscal Lannes debía marchar el 9 de mayo con los peones de los generales Oudinot y Demont; siguiéndoles inmediatamente el mariscal Massena, mientras que el grueso de la caballería costearia el Danubio para observar lo que hubiese en sus orillas, frustrar cualquiera tentativa que hiciera el enemigo para pasar, y resguardarse de las tropas reunidas en masa en la márgen opuesta. La caballería lijera se esparció entre Mautern, Tulln y Klosterneuburgo, siguiendo las vueltas y revueltas que da el rio al pie del Kahlenberg. Los coraceros se acantonaron detrás entre Saint Polten y Sieghardskirchen. Tomadas estas precauciones en nuestra izquierda, el general Bruyere debía en nuestra derecha con su caballería lijera y unos cuatro mil hombres de la infantería alemana subir por Lilienfeld sobre el camino de Italia, para desarmar las montañas de la Styria y vigilar los movimientos del archiduque Juan. Napoleon siguió á Lannes y Massena con la guardia y parte de los coraceros. El mariscal Davout, que ya se habia trasladado de Passau á Lintz, recibió orden de

dirigirse de Lintz á Molk, y de Molk á Saint-Polten, á fin de oponerse delante de Krems á las tentativas que para pasar pudieran hacerse á nuestra espalda, ó bien marchar hácia Viena, si teniamos que dar una gran batalla al pie de los muros de aquella capital. Con todo, como Passau y Lintz importaban casi tanto como Krems, el general Dupas debía permanecer en Passau, esperando á que llegara el mariscal Bernadotte, y el general Vandamme con los wurtembergenses recibió el encargo de guardar á Lintz. Al mismo tiempo puso Napoleon el mayor cuidado en que llegasen los convoyes por el Danubio, para lo cual les arregló en todas partes, en la orilla que ocupábamos, puertos en que descansar, ponerse al abrigo de cualquier contratiempo, y tomar lenguas. Estos convoyes, compuestos de barcos recogidos en el Danubio y sus afluentes llevaban galleta, municiones y los hombres cansados. Además de los puntos de Passau y Lintz, ocupados ya militarmente, Napoleon mandó establecer puestos fortificados en Ips, Waldsée, Molk y Mautern, debiendo allí sus convoyes volver á tomar el camino de tierra por Saint-Polten, por ser el mas corto y el único seguro, corriendo como corria el Danubio desde aquellos parages, demasiado cerca de los austriacos, y sobrado lejos de los franceses. En fin, pensando que no bastaria para resguardarse interceptar el paso del Danubio, y juzgando al contrario que el mejor medio de estar seguro por la espalda era tener medios de pasar el rio, á fin de proporcionar al enemigo las inquietudes que nos causaba á nosotros, y obligarle de este modo á diseminar sus fuerzas, Napoleon mandó esta-

blecer dos puentes de barcas, uno en Lintz y otro en Krems, con los materiales que pudiéramos haber.

Evacuadas estas atenciones, Napoleon que llegó el 8 á Saint-Polten, hizo marchar á su ejército el 9 hácia Viena por Sieghardskirchen y Schœnbrunn. Lannes y Bessieres avanzaban en primera línea, Massena en segunda, y la guardia y los coraceros en tercera. El mariscal Davout iba detrás de ellos, dejando á su espalda los puestos que hemos indicado de la izquierda del Danubio, y los que habia en la derecha en los caminos de Italia.

El 9 pernoctó el general Oudinot en Sieghardskirchen, y el 10 de mayo por la mañana, la brigada Couroux, del cuerpo del espresado general, desembocó por el camino de Schœnbrunn, delante del arrabal de Maria-Hilf, justamente al mes de haberse roto las hostilidades. Aquella marcha ofensiva, tan inteligente como rápida, era digna de la de 1805 en los mismos parages, y de la de 1806 á través de la Prusia, sin que haya en la historia una que la aventaje. Eran las 10 de la mañana, cuando Napoleon acudia á caballo para dirigir personalmente las operaciones contra la capital del Austria, que queria tomar de seguida, pero sin destruirla. Aqui, lo mismo que en Madrid, habia mil razones para hacer que se nos abrieran las puertas sin derribarlas por medio de las armas y el incendio.

Habiendo perdido tiempo el archiduque Carlos en inútiles rodeos, no se hallaba el 10 por la mañana en estado de ir á socorrer á Viena; y eso que esta capital podia ser defendida. Ya hemos

descrito en otra parte su forma y sus fortificaciones: no haremos, pues, ahora mas que recordarlas. El centro de Viena, es decir, la poblacion antigua, está revestida de una fortificacion regular, la que en 1683 resistió á los turcos. Despues, con el no interrumpido aumento de casas se han formado varios magníficos arrabales, cada uno de los cuales es tan grande como la ciudad principal. Tambien estos arrabales están protegidos por un muro de terraplen de poco relieve, formando zig zag, y desprovisto de obras avanzadas, pero capaz de resistir muchos dias. Por último, habia en Viena lo que Napoleon consideró siempre como el medio mas poderoso de defensa, madera que los Alpes y el Danubio suministraban en cantidad prodigiosa. Podian, pues, atrincherarse alli, y con una gente tan animada contra el extranjero, como eran en aquel momento los vienenses, encontrar fácilmente numerosos trabajadores. El arsenal de Viena contenia quinientas piezas de artilleria: la Hungría podia hacer refluir en ella inmensas cantidades de viveres, y gracias á este conjunto de medios, era fácil hacer durar la resistencia lo bastante para que los archidukes llegaran antes que se hubiese rendido. No se comprende, pues, que teniendo que habérselas con Napoleon, con un conquistador de capitales tan temible, no hubieran los austriacos pensado en defender á Viena.

Mucho se ha hablado de las faltas que el archiduque Carlos cometió en aquella campaña; pero seguramente es la mas grave la de no haber puesto á Viena en estado de defensa. Encerrados el general Hiller y el archiduque Luis en el recinto de aquella capital, detrás de todas las obras que

se pudieran haber reparado ó construido de nuevo, hubieran hecho á Viena inespugnable, y reunidos en seguida al pie de sus muros los ejércitos de Italia y Bohemia, no habria sido fácil batirlos. Ganar á campo raso una gran batalla contra Napoleon, era indudablemente una pretension temeraria, sobre todo, si para esta accion decisiva era preciso valerse de hábiles y atrevidas maniobras; pero aceptar á la cabeza de todas las fuerzas de la monarquía austriaca, y pegado á los muros de la capital, una batalla defensiva, era preparar á Napoleon la única derrota contra la cual podia estrellarse entonces su omnipotente suerte.

En vez de esto, nada habian dispuesto en Viena para defenderse, ora por imprevision, ora por repugnancia de acudir á semejantes precauciones, ó por temor de convertir la capital en un campo de batalla. No habian pensado en poner á cubierto los arrabales por medio de la muralla terraplenada que los rodea, y se habian contentado con artillar la antigua plaza fuerte, que no podia servirse de los cañones sino tirando sobre los arrabales. Los defensores se reducian á gente amotinada del populacho, á la cual habian dado fusiles, y que añañia cuando mas dos ó tres mil desalmados á la guarnicion. Esta, mandada por el archiduque Maximiliano, se componia de algunos batallones de *landwehr*, algunos depósitos, y un destacamento del cuerpo de Hiller, en todo once ó doce mil hombres. El gefe de aquella guarnicion, jóven brioso, pero falto de esperiencia, no habia estudiado las partes fuertes ó débiles del puesto importante que tenia que guardar, y habia agotado todo su patriotismo en proclamas tan violentas como estériles.

Apenas la caballería de Colbert y la infantería del general Couroux (de la division Tharreau), aparecieron en la puerta del arrabal de Maria-Hilf, cerrada por medio de una verja de hierro, estalló una especie de tumulto popular en las calles inmediatas. Se habia engañado á aquella poblacion diciéndole que los franceses estaban en derrota; que el archiduque Carlos era vencedor, y si todavía se hallaba en Bohemia era de resultas de hábiles maniobras; que sin duda podria Napoleon destacar una division sobre Viena para amenazar á la capital, pero que esta division seria destruida inmediatamente con la vuelta del victorioso archiduque, y que de consiguiente era preciso oponerse á una tentativa de este género si se verificaba, porque no podia ser otra cosa que una temeridad y una insolencia por parte del enemigo. Asi el populacho se dió á recorrer las calles prorumpiendo en gritos de furor, y asustando, mas que á los franceses á los habitantes pacíficos. Cerráronse las tiendas y las casas, y un parlamentario que enviámos al estado mayor de la plaza, fué acometido y herido, sirviendo su caballo para pasear en triunfo á un mozo de carnicero, que fué el que cometió aquella violacion del derecho de gentes. Durante este tiempo la columna del general Tharreau estaba parada delante de la verja del arrabal esperando á que se la abrieran, cuando un oficial francés, el capitan Roidot, escala de repente la verja, y con el sable desenvainado obliga al guarda á entregarle las llaves. Entonces entran nuestras columnas, á galope la caballería de Colbert, y á paso de carga la infantería de Couroux: llegan de este modo, arrollando la guarnicion, hasta la ciu-

dad antigua, cuyo recinto está atrincherado y armado, pero apenas se hallan en la esplanada que separa los arrabales de la ciudad, la artillería de los muros vomita metralla y algunos de los nuestros son heridos, entre ellos el general Tharreau. Se embiste á la plaza por todas partes, se la intima la rendición, y la única respuesta es recibir una lluvia de balas de cañon que solo causan daño á las hermosas habitaciones de los arrabales.

Entre tanto Napoleon, viendo que ni aun forzando el ataque se acabaria en un dia, fué á situarse en Schœnbrunn para esperar allí la llegada del grueso del ejército, y nombró gobernador de Viena al general Andréossy, que habia sido embajador suyo en Austria y conocia aquella capital tanto como á él le conocian. Con esto queria indicar Napoleon que no era su intencion acudir al rigor, pues para semejante papel no se hubiera escogido un hombre que habia vivido muchos años en medio de la poblacion vienense. A este nombramiento añadió Napoleon una proclama en que recordaba la escelente conducta que el ejército observó en 1805, y prometia sucederla lo mismo si se hacian merecedores los habitantes con su buen comportamiento á ser bien tratados.

El general Andréossy se trasladó á los arrabales sin tardanza, organizó en cada uno de ellos municipios compuestos de los principales habitantes, formó una guardia de paisanos encargados de mantener el órden, y procuró entablar comunicaciones con la ciudad antigua, á fin de poner término á una defensa que solo podia ser desastrosa á los mismos vienenses. Como continuara el fuego y causara algunos daños, una diputacion de los ar-

rabales propuso iria á ver al archiduque Maximiliano para pedirle cesara en una resistencia imprudente; pero antes de dar semejante paso, se avistó con Napoleon, y oyó de sus labios las palabras que para tranquilizarlos importaba se hicieran llegar á oídos de los habitantes de la ciudad fortificada. En seguida penetró en lo interior de Viena el 11 de mayo por la mañana; pero la respuesta que dieron á aquel paso conciliatorio, fué volver á empezar los disparos de cañon. Napoleon, furioso entonces, resolvió emplear el hierro y el fuego, si bien ahorrando hasta donde fuese posible á los malhadados arrabales las resultas de un combate que iba á darse entre la ciudad antigua y la moderna.

Nuestras tropas habian llegado al arrabal de María-Hilf por Sieghards Kirchen y Schœnbrunn; pero Napoleon buscó otro punto de ataque, recorriendo á caballo con Massena el circuito de la plaza, y dirigiéndose por la parte del E. al sitio en que se junta con el Danubio. Allí un brazo secundario, separándose del ancho rio, la costea suministrando agua á los fosos, y dividiéndola del famoso paseo llamado el Prater. Por aquella parte se podia establecer baterias que enfilando la ciudad fortificada, tenian la ventaja para la poblacion de atraer el fuego sobre habitaciones construidas acá y allá, y sobre las islas que forma el rio. Ademas, verificando el paso de aquel brazo, nos apoderábamos del Prater, y subiendo un poco al N. E. se aislaba á Viena del gran puente del Thabor, que conduce á la orilla izquierda. De este modo se la separaba de todo socorro exterior; se quitaba al archiduque Carlos la posibilidad de entrar en ella; y, en fin, se arrebatava á sus defensores el valor de encerrarse allí,



porque tenían la certeza de caer prisioneros sin que se escapase uno. El archiduque Maximiliano particularmente no podía resignarse á quedarse en la ciudad, estando seguro de ser prisionero nuestro antes de cuarenta y ocho horas.

Napoleon mandó al punto á unos nadadores de la division Boudet que se arrojasen en el brazo del Danubio que se trataba de pasar, y fuesen en busca de algunas lanchas á la orilla izquierda. Asi lo hicieron guiados por un valiente ayudante de campo del general Boudet llamado Sigaldi, que fué el primero en tirarse al rio. Condujeron las lanchas bajo el fuego de fusilería que les hacian los puestos avanzados enemigos, y de esta suerte proporcionaron á dos compañías de volteadores el medio de trasladarse á la otra orilla. Se apoderaron estas del pequeño pabellon de Lusthaus, situado en el Prater y del cual podriamos valernos como si fuera un punto atrincherado, y arrojando á los granaderos austriacos, se situaron alli de manera que aquel pabellon se convirtiera en la cabeza del puente que se apresuraron á echar con barcas recogidas en las inmediaciones. Al mismo tiempo Napoleon mandó armar en la orilla que ocupábamos una batería de quince bocas de fuego para batir la orilla opuesta, cogiendo como con una faja la avenida por donde se iba á pasar al pabellon de Lusthaus. De este modo teníamos medio de socorrer á las dos compañías de volteadores esperando que, acabado el puente, pudieran ir á reunirseles fuerzas mas numerosas. Se construyó tambien, y simultáneamente, una batería de veinte obuses, en la estremidad del arrabal de Landstrass, cerca del brazo que se acababa de atravesar.

A las nueve de la noche despues de otra intimacion, y mientras que continuaban los trabajos para habilitar el paso, se empezó contra la ciudad fortificada un fuego devastador, arrojándose en unas cuantas horas sobre aquella infeliz poblacion mil ochocientas bombas. Como las calles son alli estrechas, y las casas altas, estando amontonado el vecindario, segun sucede en todos los recintos fortificados donde falta espacio, no tardó en estallar el incendio por todas partes. A todo esto el pueblo bajo vociferaba en las calles, y la clase acomodada, luchando entre dos temores, el que le inspiraba el extranjero y el que le causaba la muchedumbre, no sabia que desear, cuando se supo en el estado mayor de la plaza que habiamos empezado á pasar el pequeño brazo del Danubio. Era preciso impedir esta tentativa, cuyo buen éxito hacia imposible todo socorro, y condenaba á todos los que defendiesen á Viena á caer prisioneros. Dos batallones de granaderos se dirigieron durante la noche hácia el pabellon de Lusthaus, para ver de tomar aquel punto de apoyo del puente que preparaban los franceses; pero los volteadores de Boudet estaban en guardia, y establecidos en el pabellon, resguardados con derribos de casas, esperaron á los dos batallones, recibéndolos con descargas mortíferas á boca de jarro. Al mismo tiempo la artillería, colocada en la orilla que ocupábamos, rompió un fuego de metralla sobre el flanco de aquellos dos batallones, y los puso en derrota. Entonces retrocedieron hácia lo alto del Prater.

Desde aquel momento era seguro el paso del brazo de rio y el poder cercar á Viena; de suerte que asustado el archiduque Maximiliano con la

perspectiva de caer prisionero, salió el 12 por la mañana de aquella capital que había comprometido con tanta torpeza. Al retirarse se llevó la mejor parte de la guarnición, y solo dejó al general O'Reilly, encargado de reemplazarle, una mezcla de malos soldados, y algunos paisanos á quienes se había tenido la imprudencia de armar. Por lo demás, despues que pasó el Danubio, destruyó el puente del Thabor. El general O'Reilly no tenia otra conducta que observar, si no quería que la ciudad ardiera inutilmente, sino capitular: pidió, pues, en la mañana del 12 que se suspendiera el fuego, lo cual se le concedió, y firmó la rendición, en la que se estipuló se respetarian las personas y las propiedades, respeto que Napoleon hacia gala de observar siempre, y del que no se hubiera apartado, aunque la ciudad no hubiese exigido condicion alguna. Convino que el 13 por la mañana entrarían los franceses en Viena, y efectivamente entraron en medio de la sumision general, y de los últimos estremecimientos de un pueblo al que en vano se habia agitado sin adoptar los medios verdaderos de utilizar su patriotismo.

Asi pues, en treinta y tres dias, Napoleon, sorprendido por súbitas hostilidades, dividió en dos porciones con su temible espada la masa de los ejércitos austriacos en Ratisbona, y derribó de otro golpe las puertas de Viena. Establecido ya en el seno de aquella capital, era dueño de los principales recursos de la monarquía; pero no por eso estaba todo concluido ni en Austria ni en Alemania, y aun tenia que desplegar mucho vigor y genio para esterminar los enemigos de todo género que habia suscitado en su contra. Indudablemente

no podian los archiduques presentarle á la cabeza de ciento cuarenta mil hombres una batalla defensiva al pie de Viena, y de seguro era un resultado importante haber impedido semejante concentracion de fuerzas en un punto de apoyo como aquel; pero quedaba por vencer una dificultad grave y decisiva, una de las mayores que pueden darse en la guerra, cual era pasar un rio inmenso delante del enemigo, y dar la batalla con este rio á la espalda: dificultad que Napoleon no habia podido evitar, y era necesariamente hija de la índole de las cosas. Con efecto, al dejar a Ratisbona debia tomar el camino mas corto, que mantenía á los archiduques aislados unos de otros, y que á él le acercaba al príncipe Eugenio en caso de que ocurrieran nuevas desgracias en Italia. Debía de consiguiente seguir la márgen derecha del Danubio, abandonando la orilla izquierda á los austriacos, sin perjuicio de quitarles, para asegurárselos á sí propio, los medios de pasar de una orilla á otra. En Viena ya, al bajar el rio, iba á tener delante de sí el archiduque Carlos, reforzado con los restos del general Hiller y el archiduque Luis, pero debilitado por la necesidad de dejar fuerzas á la espalda, y pudiendo, no obstante, presentar en línea cien mil hombres cuando atravesáramos el Danubio para ir á combatirle. En 1805, los austriacos, de resultas de los acontecimientos de Ulm, no llegaron á Viena sino con restos de tropas, y tenian en Olmutz un gran ejército ruso: era pues natural que se alejasen, y que fueran á reunirse con aquel ejército á cuarenta leguas de la capital, para probar en Austerlitz la suerte de las armas; pero esta vez teniendo el grueso de sus fuerzas